

TIERRA Y LIBERTAD

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Calle de Tallers, núm. 16, 2.º

Paquete de 30 ejemplares: 1 Ptas.

Á "EL PROGRESO,"

A los lamentos que arranca á *El Progreso* el mitin antipolítico del domingo anterior, contestamos que en él presentamos los anarquistas nuestro criterio, fundado en las siguientes verdades históricas, evidentes é indiscutibles, proclamadas en el Congreso obrero de La Internacional en septiembre de 1866:

«La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos; Los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender á constituir nuevos privilegios, sino á establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes; La sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material; La emancipación de los trabajadores no es un problema local ó nacional, sino que interesa á todas las naciones civilizadas.»

Ya ve el colega que no es cosa nueva. Firmes en ese criterio, no nos inspira el odio, sino la verdad; no queremos proteger á un bando político ni perjudicar á otro, ambos igualmente enemigos nuestros por ser políticos, por ser parlamentarios, por ser localistas, regionalistas ó nacionalistas, por ser mantenedores de ese *derecho de accesión*, que es como una especie de *barato* que, en forma de frutos naturales, frutos industriales y frutos civiles, cobran sobre el trabajo los propietarios.

Desde la elevación de ese criterio y con la vista fija en nuestro ideal, ¿qué nos importa esa disputa de los llamados solidarios y antisolidarios, en que las ideas nobles sólo aparecen como etiquetas encubridoras de intereses mezquinos? Que de nuestra actitud, constante y consecuente desde el día en que como proletariado emancipador nos declaramos adversarios de la burguesía, resulta accidentalmente beneficio para unos y perjuicio para otros, ¿y qué? ¿Con qué derecho se nos pide que abdicemos de nuestra personalidad pensante y activa para someternos á formar parte de esa masa de abúlicos á la que se llama pueblo soberano y espera á que unos cuantos individuos barajen nombres, concilien ambiciones y se pongan de acuerdo para forjar una candidatura y vota luego con voluntad sugerida, sin la determinación del propio entendimiento, retirándose á sus tugurios á pasar hambre, después de haber encumbrado á los ambiciosos triunfantes?

Nosotros, sépalo el colega, no somos solidarios de esa gavilla de jefes indocumbrados en el terreno de la nobleza de las ideas, aunque inscritos todos en el Registro de la Propiedad, que hoy patrocina Salmerón, aquel Salmerón que dijo un día: «La propiedad es justa y es legítima, en tanto que viene á servir á los fines racionales de la vida humana; y cuando esto no sucede, la propiedad es ilegítima, la propiedad es injusta, la propiedad debe desaparecer.»

Nosotros tomamos el fruto y arrojamos la cáscara: aprovechamos el pensamiento y arrojamos el Salmerón exterior é inútil al montón de los desperdicios; y esto no de hoy. Cuando hace tres años aplaudieron frenéticamente á Salmerón en la Casa del Pueblo todos esos que hoy le combaten y le acusan de traidor, dijimos lo mismo; somos consecuentes; él y ellos no; entregados al vaivén del oleaje político van donde les lleva el viento de lo arbitrario, de lo inestable, de lo político, de lo que carece de principio racional.

No tenemos tampoco afinidad de pensamiento, ni de ideal, ni, por consiguiente, de acción con los radicales que no saben, ni pueden, ni quieren desarraigar la accesión, causa primordial de la gran injusticia social; porque á saber, hubieran manifestado sus estudios; para poder, no hubieran debilitado la resistencia obrera para fomentar la pasividad política, y en cuanto á querer, ellos, los que han de acreditarse de gubernamentales, los que necesitan el apoyo burgués para su república, no pueden derribar un régimen sin asegurar á los privilegiados de ayer el goce del privilegio de mañana. Tampoco podemos descender al nivel de los obreros que les siguen, hombres que llevan áuestas como una carga su derecho inmanente y lo depositan á los pies del candidato que con mejores palabras, actitud más ga-

llarda y más consoladoras esperanzas se lo pide; con esos crédulos que siguen al mesías, le votan, le aplauden, le ovacionan á cada triquitraque, faltos de iniciativas, reducidos á la situación de masa; creyentes por atavismo en el milagro de la redención; incapaces de rendirse á la evidencia cuando ven que los mesías de comicio, no sólo no han logrado una redención presentable en la treintena de repúblicas repartidas por el mundo, sino que ni siquiera han sabido hacer una mala imitación del milagro de la multiplicación del pan y los peces.

Los solidarios piden á sus trabajadores y les prometen la luna, los antisolidarios piden á los trabajadores que les siguen disciplina á cambio de las estrellas; pero lo positivo es que sometidos los unos, disciplinados los otros y ligados todos por la accesión, mientras los elegidos se solazan en la Jauja parlamentaria, que es estación de paso para los países del Privilegio, los electores quedan atascados en la triste realidad del régimen imperante.

Y como esto es así, y como si malo es encumbrarse por el voto de trabajadores sometidos al feudalismo industrial, malo es también subir de candidato á diputado á costa de trabajadores desviados de la vía de su emancipación, de ahí que llamemos á los trabajadores, á nuestros compañeros que abandonaron la sociedad de resistencia por el casino político y la lucha económica por la farsa electoral, al sentimiento de su dignidad y al cumplimiento de su deber.

No por antipatía ni simpatía con solidarios ó antisolidarios, sino por hallar demostrado que, no ya el buen diputado, sino el buen Parlamento es la utopía de hoy que no será jamás la realidad de mañana, volvemos la espalda á los comicios, que sirven de fundamento al poder de la burguesía, equivalente al derecho divino que originaba el poder de los reyes.

No por odio á nadie, sino porque se necesita el concurso de todos los trabajadores para romper la cadena de la accesión, acabar con el salario y entrar todos á participar del patrimonio universal, queremos romper la fascinación con que los políticos subyugan á nuestros compañeros.

No por un beneficio nuestro, que bien claro está que el que viene á nuestro campo renuncia á todas las gangas y pacta con el sufrimiento, rara vez y por chiripa se inscribirá un anarquista en el registro de la propiedad, pero todos los anarquistas constan en el registro de la policía; no sólo por interés de los mismos compañeros desviados, sino más bien por amor á la humanidad, por amor á la justicia, por ansia de progreso, procuramos atraernos á los trabajadores, porque está reconocido que el progreso, en lo que sale de la esfera de fatalidad natural para entrar en la de acto volitivo consciente, pende de la energía del proletariado, de los que nada tienen que ganar con el estancamiento de lo presente y pueden ganarlo todo con las soluciones revolucionarias de lo porvenir.

Sépalo *El Progreso*, y sobre todo, ténnganlo en cuenta los trabajadores republicanos.

Ni los unos, ni los otros

La República comunista libertaria

Ni los Conservadores, ni los Liberales, ni el Clericalismo, ni el Anticlericalismo, ni la Reacción, ni la Democracia burguesa.

Allí donde el capitalismo reina como señor absoluto y han arraigado definitivamente todas esas variedades burguesas, se resuelven en último término en la dictadura del Capital sobre el Trabajo.

Ya es tiempo de romper ese círculo vicioso dentro del cual rodeamos hace más de un siglo, y de dispar entre la multitud las últimas ilusiones que todavía conserva respecto del Liberalismo, del Anticlericalismo, de la República y de la Democracia.

Es urgente que las masas profundas del proletariado se convengan que no puede haber libertad, ni ciencia, ni república, ni democracia para el pueblo trabajador, en tanto permanezca curvado bajo la ley férrea del salario.

Demócratas y Republicanos en los Estados Unidos, Whigs y Tories en Inglaterra, Liberales y Conservadores en España y en Italia, alternan hace muchos años en el poder sin que nada, absolutamente nada, se haya cambiado en la ley fundamental de nuestra sociedad jerárquica que perpetúa la

servidumbre y el hambre de los productores.

Rusia, por el cambio de frente de los K. D. parece que quiere entrar en la misma vía, y Francia, madre de las revoluciones, después de haber oscilado durante cien años entre la dictadura y el parlamentarismo, donde ha agotado las formas más democráticas, no se halla más adelantada.

Imperio, Monarquía constitucional, República oportunista y República radical, todas esas formas políticas representan una sola cosa, *Oligarquía*, es decir, servidumbre del trabajador, explotación del trabajo, á beneficio de una cuadrilla de malhechores.

Como en 1831, en que los tejedores de Lyon, habían inscrito en sus negras banderas: *Vivir trabajando ó morir combatiendo*. Como en 1848, cuando los insurrectos de junio gritaban: *Pan ó Plomo*, y como en las barricadas de mayo de 1871, donde los federados de la Commune quemaron sus últimos cartuchos por la *Universalización de la propiedad*, permanecemos fieles á la memoria de nuestros antepasados y á la misión histórica del Proletariado.

Hay entre el Proletariado y la Burguesía, entre el Socialismo y todas las formas pasadas y presentes de la Sociedad, incompatibilidad absoluta de interés y de pensamiento.

Negar lo es querer producir una desviación ó engañarse uno mismo.

El Socialismo es la sustitución de la propiedad social á la propiedad privada, de la administración de la producción, basada sobre la equivalencia de las funciones, al gobierno del hombre por sí mismo, y de la unión libre á la familia teocrática ó jurídica.

Jamás hemos esperado de los radicales socialistas el advenimiento de la justicia social, que sólo puede ser el término de la evolución económica y no la obra mesiánica de un hombre ó de un partido político.

Antes al contrario, se observa que, por temor al Socialismo, los radicales se muestran cada vez más refractarios á la realización de su propio programa.

Su actitud en Francia respecto del Descanso semanal, los Retiros obreros, los Consejos de guerra, las reivindicaciones de los Maestros y de los Huelguistas lo demuestran claramente y lo clasifica entre los defensores de la Burguesía y del Capital.

Su antimilitarismo puramente teórico no ha sido más que un recurso electoral, y su anticlericalismo no es más que un reclamo. La supresión del ejército permanente que antes figuraba á la cabeza de todos los programas radicales, queda letra muerta. Los soldados-ciudadanos permanecen acuartelados, y, bajo pretexto de patriotismo, continúan defendiendo contra el Trabajo el patrimonio de la Plutocracia.

En cuanto al Libre-Pensamiento se ha hecho singularmente prudente desde que ha llegado á ser oficial.

No sólo la ley de separación conserva un ministerio de los cultos, sino que las iglesias, en lugar de ser desafectadas y desinfectadas por causa de utilidad pública, continúan siendo el teatro privilegiado de las ceremonias religiosas.

Lejos de admirarnos, lo contrario nos hubiera sorprendido. En régimen burgués el Libre-Pensamiento es, como la misma República, una farsa, un espejuelo para seducir incautos.

En oposición á la concepción espiritualista que divide el universo y de rechazo la naturaleza humana en dos factores antagónicos, el espíritu y el cuerpo, el monismo ó la filosofía unitaria ve en la materia y la energía, ó el cuerpo y el alma, dos manifestaciones diferentes pero equivalentes de la misma unidad. Por deducción lógica, todo materialista consecuente debe conceder necesariamente igual importancia á las funciones cerebrales y musculares, y declarar-se por la igualdad del trabajo manual é intelectual, lo mismo que la rehabilitación del acto del amor, que es el acto supremo de la vida; tres consecuencias económicas y éticas, comunistas y amor-libristas que trae consigo el monismo, que hacen que nuestros libre-pensadores burgueses no sean ateos más que en apariencia y que se dejen sorprender en flagrante delito de coquetería con el espiritualismo y la Iglesia.

Convencidos de superchería en materia de reformas democráticas y laicas, los radicales socialistas por oportunismo destruyen la última esperanza de evolución pacífica y metódica hacia la República Social. Su quiebra pondrá á Francia en la alternativa de una reacción brutal ó de una revolución violenta. Unanse los trabajadores á la Confederación General del Trabajo, asíciense en masa para plantar los jalones de la Federación económica base de la futura República comunista libertaria.

FEDERICO STACKELBERG

¡Explotados, adelantel...

El horizonte está cubierto de negros nubarrones...

Entre la masa informe de las nubes que cubren el espacio, hay un punto en el oriente que poco á poco se va aclarando, tiñéndose de rojo... Es el alborar de un nuevo día... ¡Explotados, oprimidos, irredentos del

mundo entero, venid, acercaos!... Mirad aquel punto en el horizonte que hoy apenas alboriza, y que mañana tal vez luzca en la cumbre del firmamento, iluminando una humanidad nueva; mirad, ved como su claridad se abre paso á través de las tinieblas que le envuelven, oíd como desgarran los negros cortinones de nubes que le rodean.

Marchad á él, que él solamente colmará vuestra sed infinita de justicia, él solamente pondrá remedio á vuestros males.

¡Irredentos, marchad hacia él! Y vos otros, aquellos cuyos cerebros embrutecidos por el vicio no son capaces de comprender toda la grandiosidad é idealismo infinito de nuestro ideal, apartaos, no interceptéis el camino á los oprimidos, apartaos con tiempo, antes de que sea más tarde y os veáis arrastrados por vuestra misma ceguera suicida...

¡Explotados, marchad adelante! Paso á la Humanidad Libre!

R. PRIETO

Los puntos sobre las ies...

El que es partidario de la llamada lucha legal no puede, en ningún caso, llamarse revolucionario.

Se entiende por revolucionario todo hombre que no se conforma con las costumbres é instituciones de su época y por legalista aquel que se aviene con todo lo que está legalizado, creyendo que por medio de leyes que él llama progresivas ha de irse

transformando todo. Por consiguiente, el que se cree revolucionario y cuando llega el período de las elecciones va de acá para allá haciendo trabajos para sacar triunfante tal ó cual candidato, creyendo que se mueve en sentido revolucionario, está en un lamentable error puesto que no hace más que perpetuar el mismo estado de cosas, al practicar una ley establecida por los que están interesados en sostener la sociedad en perpetua esclavitud y miseria.

¿Acaso los que han establecido el sufragio, lo establecieron en el sentido de modificar la situación moral y material del pueblo? muy al contrario: el tiempo, que es el mejor maestro, nos lo ha enseñado; ¿qué mejoras ha obtenido el pueblo con tantos años de sufragio? ninguna. Por lo tanto, si la lucha legal fuera una verdadera lucha, algún provecho se hubiera sacado de ella, como sucede en todas las que el pueblo toma parte, sin la papeleta electoral, es decir, pasando por encima de la legalidad. Yo no sé como puede ser revolucionario el que nombra uno que haga lo que él debía hacer si fuese como él cree efectivamente un revolucionario. Si nombra un igual suyo que le represente, se despoja de su personalidad para entregarla á su representado, y por lo tanto, no es, revolucionario, legalista ni nada, por haber entregado en manos de otro el pensamiento, la voluntad, la palabra, en fin, todo lo que más vale que tiene el hombre, que es verdaderamente consciente y rebelde.

J. BENAIGES

EL MITIN ANTIPOLITICO

Como se había anunciado, el pasado domingo se celebró en el gran Teatro Condal el mitin antipolítico organizado por el Centro de Estudios Sociales y el grupo «4 de Mayo», de esta ciudad.

No pudieron asistir á él los compañeros Saavedra, Ojeda y Ferreira, que habían sido invitados por los organizadores, el primero por estar á punto de embarcarse para Cuba donde ha de tomar parte en una excursión de propaganda que han organizado los compañeros de aquella isla; el segundo, por no serle posible dejar el trabajo, y el último por estar preso con motivo del viaje del rey á Cartagena, donde aquel se halla.

El local del teatro se llenó casi por completo á pesar de la época en que nos encontramos de gran actividad por parte de los políticos de todos los matices para distraer á la clase trabajadora é ir sosteniendo y acrecentando el embrutecedor predominio de la política.

El compañero Miranda, que presidió el mitin, dijo que el acto que se iba á celebrar tenía por objeto fijar el criterio anarquista en frente de las predicaciones y de los programas de los que aspiran á elevarse al poder, haciendo servir para ello de pedestal á la masa de los trabajadores. Que el mitin tenía el carácter de antipolítico y que además de los oradores que se habían inscrito para tomar parte en él, si había alguien que deseara hacer uso de la palabra podía pasar á la mesa de la presidencia para inscribirse, siempre que se ciñera al tema escrito en la convocatoria.

Que teniendo en cuenta ciertas amenazas que se habían hecho de perturbar el acto, advertía que los anarquistas se bastaban para hacer callar á los perturbadores sin necesidad del auxilio de la fuerza gubernativa, y que en el caso de que hubiera alguien que no estuviese conforme con lo que expondrían los oradores y quería contravenirlo, pasara aviso á la mesa y se organizaría para otro día un acto de controversia.

Concedió la palabra al compañero Castellote, el cual empezó diciendo que la política, aun la que se llama más avanzada, con su obra no hace más que poner un dique á la evolución. Para la política apenas se conoce que pasen los años, pues lo que presenta hoy como su programa más radical, no llega ni siquiera á lo que predicaban los enciclopedistas que precedieron á la gran revolución francesa.

Se extendió en consideraciones acerca de aquel acontecimiento histórico que elevó á la clase media sin redimir al pueblo. Esta clase media al ocupar el poder no hizo más que cambiar las apariencias y los nombres de las cosas; pero dejándolas tal como estaban antes sin grandes variaciones.

Efectivamente: la frase de Robespierre de que si no existiera Dios habría necesidad de inventarlo fué confirmada luego sustituyendo la imagen del dios cristiano por la de la diosa Razón, para que al pueblo no le faltaran fetiches que adorar y glorificar; perpetuando así su ignorancia y su esclavitud.

La revolución de Septiembre, que como revolución política no fué más que una burda imitación de la francesa, no cambió tampoco nada esencial; solamente se aprovecharon de ella algunos que se habían encumbrado gracias á los votos del pueblo y que teniendo á éste por comparsa, pudieron ejercer de reyes durante una

corta temporal, siendo tan déspotas como los que les habían precedido.

Y ya es hora que el pueblo se fije en las causas que le mantienen en su triste situación y que busque la manera de librarse de ella de una vez y para siempre, dejándose de dar vueltas á la misma noria y librándose de las ligaduras que lo mantienen sujeto á ella marche en línea recta hacia la meta de sus aspiraciones.

Habla el compañero Manent y dice que la sociedad está dividida en dos clases, en dos campos que deberían estar bien deslindados: explotados y explotadores.

Desde que hubo un hombre que se impuso á otro hombre, valiéndose de la fuerza ó de la astucia para hacerle trabajar mientras él permanecía en holganza, esta diferencia subsistía con pequeñas variaciones.

Hace algún tiempo que se ha intentado mezclar estas dos clases y hasta los hay pertenecientes á la clase de los explotadores que fingen estar al lado de los explotados para mejor engañarlos. Pero si nos fijamos bien, si examinamos el puesto que cada uno ocupa y la función que desempeña no podemos llamarnos á engaño. De una parte está el capital que es el rey que hoy gobierna la sociedad y á su lado tiene los que confeccionan las leyes y los encargados de hacerlas cumplir. Entre los primeros se encuentran desde el rey ó el presidente de la república hasta el último concejal, pasando por los ministros, diputados de mayoría y minorías y todos los que han hecho de la política una profesión. Entre los segundos están desde el capitán general hasta el último soldado; desde el jefe de la magistratura hasta el último polizone. En el otro lado se encuentran los trabajadores, solos ó casi solos, no teniendo á su lado más que unos cuantos hombres de inteligencia y corazón que defienden desinteresadamente su justa causa.

Pero á pesar de la diferencia aparente que hay entre estas dos fuerzas, no hay duda que el ejército de los explotados sería el que se llevaría la victoria si estos estuvieran unidos todos ante el enemigo. Por esto lo que procuran los poderosos es que esta unión no llegue á realizarse. Para ello se valen de todos los recursos y buscan medios de entretenerlo y adormecerlo.

Durante un buen espacio de tiempo se valieron de la religión. Esta, con su promesa de premios en la otra vida, haciéndonos creer que el que más sufría en este mundo más tenía ganado para el otro les servía admirablemente. Pero el pueblo se ha desengañado ya de la farsa religiosa y ha sido necesario buscar otro espejuelo para engañarlo. A este efecto ha surgido la política. El político, pues, ha venido á sustituir al sacerdote en su tarea. El primero no promete recompensa en la otra vida, pero promete la felicidad terrena si le elevan al poder.

La burguesía, que se aprovechó de la abolición de los derechos feudales para asentarse en el poder, substituyó el derecho divino por la soberanía popular, palabra muy hermosa, pero que no pasa de ser una palabra. ¿Dónde está la soberanía popular? Tiene que delegarla en otro que cuando sea poder le hará traición. Y esto es una regla sin excepciones, porque el gobernante necesita de la fuerza para sostenerse en el poder, y hoy, admitido el poder del dinero, el capitalista es el que dispone de la fuerza. El gobernante, pues, necesita dar gusto al capitalista y éste es el principal enemigo de la clase proletaria.